

DOMINGO DE LA TRINIDAD. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 16,12-15.#

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: #

-Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora: cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. #

El me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando. #

Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará.

DESCUBRIR LA TRINIDAD

Celebramos la festividad de la Trinidad, una fiesta con la que se cierra el Ciclo Pascual, las festividades centrales a las que la Iglesia da la mayor importancia, por ser para los cristianos el fundamento de su fe, el compromiso con Jesús.

Hace dos semanas se celebraba la Ascensión, recordatorio de que Jesús, tras su muerte, va al Padre, se dice que asciende hasta el Padre. Su vida ha sido todo un modelo de bondad, el modelo a seguir y consecuentemente es ensalzado, asciende a los cielos.

La semana pasada, Pentecostés. El acogimiento por los discípulos del espíritu de Jesús, como expresión de la voluntad divina, fue lo que celebramos. Para sus discípulos la profunda huella dejada por Jesús fue el espíritu que les llevó al compromiso de seguir sus pasos, a la conjura para vivir como Él y de darlo a conocer a sus semejantes. Hoy somos nosotros quienes lo acogemos.

Y en este domingo celebramos la Trinidad. La Trinidad representa al Padre Dios, creador de todo y Padre Supremo de todos. No somos otra cosa que creaturas suyas, creaturas, eso sí, dotadas de libertad para escoger, para tomar decisiones. Pero ni todas las decisiones que podemos tomar son buenas, ni tan siquiera son neutras.

Para decidir bien, para decidir conforme a la voluntad de ese Dios Creador, necesitamos de un discernimiento, un discernimiento que ha de ser coherente con nuestra naturaleza humana, con el cómo estamos hechos. Y para ello es necesario conocer cuáles deben ser las actitudes y prioridades en las que nos debemos soportar a lo largo de nuestra vida.

Y es Jesús, el Hijo predilecto de Dios Padre, quien con su palabra y su vida nos orienta, nos da luz, sobre el camino a seguir. Nos revela cuáles son los designios del Padre Dios, las actitudes con las que afrontar una vida en plenitud, encontrar caminos de felicidad, dirigirnos hacia la santidad, hacia el cielo, hacia el bien supremo.

Son pues Padre, Hijo y Espíritu Santo las tres figuras que conforman la Trinidad y tratan de representar los cimientos en los que asentar nuestra vida espiritual, unas figuras que nos facilitan la comprensión del misterio de Dios y de nuestra propia existencia.

Quizás, en tiempos pasados, el lenguaje utilizado para explicar estos conceptos, en unas ocasiones, por excesivamente simplificado y en otras por excesivamente técnico o sublime se ha podido rayar con las fronteras de lo irreal, de lo incomprensible o de lo inexplicable. Quizás no se haya facilitado suficientemente la comprensión de la Trinidad y quizás, esto también, haya podido ser causa del distanciamiento de muchas personas de la Iglesia, hasta llegar, incluso, a combatir todo aquello que huelga a religiosidad. No es gratuita la forma en la que algunos han etiquetado a la religión como el opio del pueblo.

Sin embargo la voluntad de ese Dios, Padre, revelada por Jesús, Hijo, y transmitida a toda la Iglesia, a todos nosotros que tratamos de vivir según el espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, no es otra que vivir en Bondad, amando a nuestros semejantes y tratando de conseguir un mundo mejor, más humano, un mundo en el que las personas reinen por encima de los intereses económicos.

Jesús nos lo mostró con su vida. Él siempre buscó el bien, se posicionó siempre del lado de los débiles, tratando de mejorar su vida. Y el amor, la gratuidad y el perdón fueron sus estiletes más incisivos en sus relaciones con sus semejantes.



Aceptó la muerte, aquella terrible muerte en la cruz, como signo de su fidelidad a los designios de Dios Padre.

Predicó con su palabra y con su vida un proyecto de vida que cuestionaba los intereses de los gobernantes de aquella época pero que ofrecía un plan de salvación para las personas, una explicación del misterio de Dios y un camino, quizás más

bien, el Camino a seguir para vivir según los designios de Dios.

Y hoy nosotros conocedores de todos estos entresijos, conocedores del misterio de la Trinidad, nos corresponde acoger sin reservas ese espíritu de Jesús, imitarle con nuestra vida.

Este es el camino a seguir. No hay otro. Y en la medida que lo descubramos y lo vivamos nuestra fuerza – el fuego del espíritu - se multiplica. No somos ya nosotros, no estamos solos, sino que será Él quien esté en nosotros y guíe nuestros pasos.

¿Qué seamos capaces de comprender todo esto y vivirlo. La decisión a tomar es creer que Jesús representa la salvación, el camino a seguir, sin mirar las miserias de la Iglesia y de los cristianos de cualquier época. Antaño ha habido miseria y hoy también. Pero Jesús no ha cambiado y es a quien debemos mirar. A nadie más.

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

26 de mayo de 2013